

## SANCTI LEONIS MAGNI SERMONES INEDITI,(C,G,S)\*

### ADVERTENCIA.

De estos sermones, que todos en los códices llevan el nombre de San León Papa, algunos parecen poder ser atribuidos correctamente a él, mientras que otros evidentemente se apartan de su estilo de expresión. Sin embargo, para evitar que, como ocurrió en nuestra edición de San Agustín, se nos reproche cierta audacia por imponer nuestra opinión a todos, presentamos estos discursos tal como se encuentran en los manuscritos, dejando a la sagacidad de los lectores la tarea de discernir con su propio juicio lo que es auténtico de lo que es espurio.

### SERMON PRIMERO. En tiempo de ayuno

I. Amadísimos, vuestra fe nos exhorta a manifestar los documentos de la religión. Os animamos, pues, al ayuno, que es para los que viven rectamente un aumento de devoción, un muro de fe, una expugnación de la maldad. Aconsejamos también que no solo se abstengan de alimentos, sino siempre de todos los vicios. No seáis pródigos en banquetes ni arrogantes en embriagueces; pues está escrito en Salomón: El cuerpo que se corrompe, agrava el alma (Sab. IX, 15). Y también el Apóstol dice: No os preocupéis de la carne en vuestros deseos (Rom. XIII, 14). Absteneos, pues, en estos días de las preocupaciones mundanas y de los deseos carnales. Castigad el cuerpo, para que el alma se sacie. Pues el espíritu se fortalece cuando la carne se debilita con la frugalidad. Porque la vida presente se alimenta de las delicias en el sustento, no la futura, ya que la abundancia de cosas acompaña a la lujuria. Apartad de vosotros las envidias, las rivalidades, las malas palabras, las contiendas, y disolved todas las semillas de pecado. Romped los lazos de las acciones violentas y los argumentos enredados de las calumnias. Ofreced a los necesitados y a los domésticos de la fe un lugar de acogida. Romped los documentos de deuda injustos, para que no solo con el cuerpo, sino también con el espíritu, celebréis ayunos agradables a Dios.

II. Es necesario también que con la semilla de las limosnas esperemos los frutos de nuestro propio ayuno. Pues está escrito: Así como el agua apaga el fuego, así la limosna apaga el pecado (Ecli. III, 33). Debemos actuar también para que no parezca que nos abstenemos de los manjares opulentos por avaricia, sino por el cuidado de la misericordia. Demos lo temporal a los pobres, para que con sus oraciones se nos concedan dones perpetuos. Pues con el comercio de un poco de pan y aire se nos concede la impunidad de los pecados. Debemos saber también que así como el Señor hizo a muchos débiles, también hizo a los pobres, para que haya necesidad de rogar al Señor, para que quien no ha sufrido nada de esto, tema no sufrirlo. Alimenta, pues, tú que estás sano, al débil, como ejemplo de calamidad vicaria. Alimenta, pues, tú rico, al pobre, cuya porción quizás recibiste del Señor nuestro Dios para que lo alimentaras. Alimenta al hambriento, no sea que su parte te sea quitada y dada a otro que la ofrezca. Alimenta al que muere de hambre; pues quien pudiendo salvar a un hombre alimentándolo, si no lo alimentas, lo matas.

III. Anticipad también los deseos silenciosos de los mendigos, pues leemos: Bienaventurado el que entiende sobre el necesitado y el pobre, en el día malo lo librárá el Señor (Sal. XL, 2). Demos, pues, alimento a los necesitados antes de que lo pidan, para que no parezca que nos exigen por su excesiva necesidad clamando. Ofrezcamos a ellos alguna porción de los dones celestiales que se nos han concedido, para que no paguemos con penalidades las usuras a nuestro acreedor por nuestra negligencia. Pensemos en aquel rico que por migajas de pan pidió una gota de agua y no la recibió. Recordemos a aquella viuda que al dar dos monedas

en el tesoro, ofreció a Dios todo lo que tenía para vivir. Y nosotros demos a los hermanos, aunque sea lo que nos sobra. No debemos, ciertamente, cumplir los mandatos divinos con tristeza e hipocresía, sino dar gracias a Dios, autor de nuestra generosidad, para que orando continuamente ofrezcamos a los necesitados la sustancia de la vida temporal, para que alcancemos la vida eterna, por nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

## SERMON II. Sobre la pasión del Señor.

I. Después de aquella primera y universal caída de la transgresión humana, desde que por un hombre entró el pecado en este mundo, y por el pecado la muerte (Rom. V, 12), nadie podría ya escapar del dominio del diablo, ni de las cadenas de la terrible cautividad, ni a nadie se le abriría la reconciliación para el perdón, ni el retorno a la vida, si el Hijo de Dios, coeterno y coigual en todo al Padre, no se dignara también ser hijo del hombre, y por la redención y salvación de todos los hombres fuera suspendido carnalmente en la cruz. Pues esta fue la causa de la redención y salvación de todo el género humano, que Dios mismo en el hombre verdaderamente sufrió, verdaderamente murió, y verdaderamente resucitó de entre los muertos, y verdaderamente abrió a los hombres que creen en Él y mueren en su voluntad las puertas del reino celestial, y nos redimió de la muerte eterna y del castigo. Pues soportó muchas y diversas injurias por nosotros, no por sus propias culpas, que nunca cometió pecado alguno, sino por nuestra necesidad; porque estábamos encadenados con tan duras ataduras, y caídos en un abismo tan profundo de muerte, que si no fuera por su inmensa clemencia, por su pasión y muerte humana, no podríamos ser liberados. Si Él no nos redimiera con su preciosa sangre, si Él no nos quitara con su muerte los eternos suplicios, si Él no quebrantara las fuerzas del diablo, y nos condujera con Él a los reinos celestiales, y nos diera a todos un camino suave y ligero para permanecer en su voluntad hacia los reinos celestiales.

II. Por tanto, hermanos amadísimos, ¿qué debemos hacer por tan grandes beneficios de Dios, sino morir al mundo y a sus concupiscencias, mortificando en nosotros los deseos carnales en vigiliias, en ayunos, en castidad, en tolerancia de la adversidad, en perseverancia de toda bondad, en oraciones encomendándonos continuamente a Dios? Redimiéndonos de los eternos suplicios con penitencia, llorando y confesando nuestros pecados y con limosnas, para que así, sostenidos por la ayuda divina, merezcamos permanecer en la eterna bienaventuranza donde nos ha llevado con su muerte nuestro misericordioso Señor Dios, por nuestro Señor Jesucristo, a quien es el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

## SERMON III. Sobre la Pascua.

I. Habéis escuchado, amadísimos hermanos, la Escritura del éxodo hebreo y las palabras del misterio; cómo el Cordero fue inmolado, cómo el pueblo fue salvado, y cómo Faraón fue golpeado por el misterio. Entended, amadísimos, cómo es nuevo y viejo, temporal y eterno, corruptible e incorrupto, mortal e inmortal el misterio de la Pascua. Viejo según la ley, nuevo según el Verbo; temporal por el ejemplo, eterno por la gloria; corruptible por la víctima del ganado, incorruptible por la vida del Señor; mortal por la sepultura, inmortal por la resurrección; la ley es vieja, pero el verbo es nuevo. El ejemplo es temporal, pero la gracia es eterna; las ovejas son corruptibles, el Señor es incorruptible. Pues fue quebrantado como cordero, pero resucitado como Dios. Porque fue llevado como oveja al sacrificio, pero no era oveja; y como cordero sin voz (Is. LIII, 7), pero no era cordero. Aquellas cosas se hacían en figura, estas se encuentran más verdaderamente. Pues el Señor fue hecho por el cordero, y por el ganado el hombre, pero el hombre es Cristo, en quien todo cabe. Isaías dice: Como oveja fue llevado al matadero, y como cordero ante el que lo trasquila, sin voz, así no abrió su boca.

En su humillación fue quitado su juicio. ¿Y quién contará su generación? (Ibid. 7, 8). Muchas otras cosas fueron predichas por los profetas en la Pascua, el misterio de Jesucristo, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

II. Él mismo fue llevado como cordero, y muerto como oveja, como de Egipto, nos redimió del culto del mundo, y nos salvó de la mano del diablo, como de la mano de Faraón; y selló nuestras almas con su propio espíritu, y los miembros de nuestro cuerpo con su preciosa sangre. Este es quien vistió la muerte con confusión, y puso al diablo en lamento. Este es quien golpeó la iniquidad y la injusticia, como Moisés condenó a Egipto con esterilidad. Este es quien nos arrancó de la servidumbre a la libertad, de las tinieblas a la luz, de la muerte a la vida, de la tiranía al reino perpetuo. Este es quien en muchos sufrió muchas cosas; este es quien en Abel fue muerto, y en Isaac fue atado de pies, y en Jacob fue peregrino, y en José fue vendido, y en Moisés fue envuelto, y en el río fue expuesto por su madre, y en el cordero fue degollado, y en David fue perseguido, y en los profetas fue deshonrado. Este es quien fue sepultado en la tierra, y resucitando de entre los muertos ascendió a las alturas del cielo. Este es el cordero sin voz; este es quien fue tomado del rebaño para el sacrificio, quien fue inmolado al atardecer, quien fue sepultado en la noche. Este es Jesucristo nuestro Señor que resucitó de entre los muertos, y resucitó al hombre de la tumba inferior a la vida. Este fue, pues, muerto en medio de Jerusalén. ¿Por quiénes? Por Israel. ¿Por qué causa? Porque curó a sus cojos, limpió a sus leprosos, iluminó a sus ciegos, y resucitó a sus muertos.

III. ¿Qué hiciste, Israel, tan nueva injusticia? Dishonraste a quien te había ennoblecido; dishonraste a quien te había glorificado; callaste a quien te había proclamado; mataste a quien te había vivificado. ¿No está escrito: No derrames sangre inocente, para que no mueras malamente? (Jer. XXII, 3). Por tanto, dice, Israel, esto hiciste, porque era necesario que él padeciera (Act. XVII, 3). Te equivocas, oh Israel, al pensar así. Era necesario que él padeciera, pero no por ti; era necesario que él fuera afligido con injurias, pero no por ti; era necesario que él fuera colgado en la cruz, pero no debía hacerse por tu mano. Con esta voz, oh Israel, debiste clamar al Señor: Oh Señor, si tu voluntad ha decretado que tu Hijo padezca, pero no por mí padezca. Que sea juzgado por extranjeros; que sea clavado por incircuncisos, por cualquier tirano. Lejos de mí que por mí se cometa este crimen. Con esta voz, oh Israel, no quisiste clamar, ni te abstuviste de infligir tus propias manos sobre tu Señor. No temiste sus obras; no te causó vergüenza cuando la mano seca fue restaurada íntegra a su propio cuerpo. Ni cuando los ojos cerrados fueron abiertos, ni cuando los miembros disueltos fueron consolidados por su voz. Pero tampoco te avergonzaste de aquel reciente milagro, que ya muerto de cuatro días resucitó del sepulcro al mandato de su voz.

IV. Oh Israel, viste tantos milagros de Cristo, y siempre permaneciste en la infidelidad. Tú, en efecto, pasando por alto todas estas cosas, te preparaste para la muerte del Señor. Preparaste para él clavos afilados, testigos falsos, hiel también y espada, como para un ladrón homicida. También infligiste azotes a su cuerpo, y en su cabeza pusiste una corona de espinas, y ataste con cadenas sus buenas manos, que te habían plasmado del polvo; y alimentaste con hiel aquel buen rostro suyo, por el cual fuiste alimentado con vida. En el gran día de la festividad mataste a tu Señor. Y tú disfrutabas de banquetes, mientras él sufría hambre; tú bebías vino y comías panes, mientras él bebía hiel y vinagre; tú estabas espléndido de cuerpo, mientras él estaba consumido por las penas; tú te regocijabas, mientras él era afligido; tú cantabas, mientras él era juzgado; tú dirigías coros, mientras él era sepultado; tú yacías en la suavidad del lecho, mientras él en el sepulcro y en el ataúd. Oh Israel impiísimo, ¿por qué perpetraste esta nueva injusticia? Sometiste a tu Señor a nuevas pasiones, mataste a tu dominador, a tu creador que te honró, que te dio el nombre de Israel. Pero tú, Israel, no fuiste hallado, ni viste al Señor, ni quisiste entender a Dios.

V. ¿No sabías, oh Israel, que este es el primogénito de Dios, que fue engendrado antes del lucero del alba? Este es quien te llevó a Egipto, y allí te conservó proveyéndote alimento. Este es quien fue enviado a ti, quien curó a tus pacientes, quien resucitó a tus muertos. Este es a quien trataste injustamente, a quien mataste. Por eso, oh Israel, porque no temiste al Señor, fuiste temido por los enemigos. No temiste al Señor, no lloraste por el Señor, lloraste por tus hijos muertos. Porque abandonaste al Señor, no serás hallado por él; golpeaste al Señor, y tú también serás derribado a la tierra. Y tú yaces en la tierra, mientras él resucitando de entre los muertos fue llevado a la altura del cielo.

VI. Ahora, pues, venid, todas las familias de los hombres, que estáis mezcladas con delitos, y recibid el perdón de los pecados. Pues el Señor os dice: Yo soy vuestro perdón, yo la pascua de salvación, yo el cordero, que por vosotros fui degollado; yo vuestra redención, yo la vida, yo soy vuestra salvación, yo vuestra resurrección. Yo soy vuestro rey, yo os resucitaré con mi diestra. Este es nuestro Señor, quien hizo el cielo y la tierra; quien fue colgado en el madero, quien fue sepultado en la tierra, quien resucitó de entre los muertos, ascendió a las alturas de los cielos, y vive y reina con el Padre y con el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

#### SERMON IV. Sobre la Pascua II.

I. Aunque todas las solemnidades, amadísimos, que se celebran en las Iglesias para el honor de Dios, son santas y venerables, sin embargo, el día de hoy de la resurrección del Señor tiene una festividad peculiar. Ciertamente, porque todos los demás días contienen en sí mismos solo el gozo de los vivos, este también la alegría de los difuntos. Por tanto, esta festividad es común a los infernales y a los celestiales, porque resucitando el Señor de entre los muertos, dio festividad allí donde venció a la muerte, y aquí, donde regresó victorioso de la muerte. Y por eso bien dice el Salmista de este día en particular: Este es el día que hizo el Señor; regocijémonos y alegrémonos en él (Sal. CXVII, 24). Anunciando la resurrección del Señor no solo a los celestiales, sino también a los infernales, proclamó un día de exultación salvadora; porque descendiendo el Señor a la oscura caliginosidad de los infiernos, también allí sin duda fue un día esplendísimo, donde brilló el salvador. Por lo cual el evangelista dice: Y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron (Juan I, 5); porque aunque el Señor ascendió en las tinieblas, no sintió la oscuridad de las tinieblas. La luz de la naturaleza sempiterna mantuvo en aquel horror nocturno el esplendor inviolable de su majestad, y así no fue la luz superada por la noche, sino la noche por la luz.

II. Regocijémonos, pues, amadísimos, y exultemos en el Señor. Hoy nos ha sido dada por el Señor la luz de la salvación, según lo que el mismo Salmista dice a continuación: Dios el Señor, y nos iluminó (Sal. CXVII, 22). ¿Y qué más añadió? Estableced, dice, el día solemne en las congregaciones hasta el cuerno del altar (Ibid.). También veo esto cumplido hoy en la Iglesia de Dios, pues hasta el cuerno del altar todo está lleno de reuniones religiosas, esta plenitud de la Escritura sagrada ha cumplido. Este día, pues, amadísimos, es el día de la resurrección y de la vida. Lo hace más grato la gratificación de la Cuaresma, porque a los días de tristeza se han unido los días de remisión, para que la paciencia sea inmediatamente recompensada, según aquello: Los que siembran con lágrimas, cosecharán con gozo (Sal. CXXV, 5). Por tanto, quien haya sembrado con lágrimas, reciba las recompensas de la exultación. Sepa cada uno que cuanto mayores semillas de llanto haya sembrado, mayores frutos de gozo cosechará. La apariencia de las futuras bienaventuranzas ya se contiene en las presentes. Así como ahora hay relajación después de la restricción, así también en el futuro habrá descanso después del trabajo.

III. Por lo cual os ruego, amadísimos, con toda la Iglesia, especialmente a vosotros que habéis sido regenerados para la nueva salvación y habéis tomado vestiduras blancas, que mantengáis puro e inmaculado el don que habéis recibido, para que conservéis el brillo de vuestro hábito también en la conducta, y que vuestros corazones sean tan blancos como vuestras vestiduras. Habéis escuchado al evangelista decir hoy que quienes creen en Dios, son hijos de Dios. Pues les dio, dice, potestad de ser hechos hijos de Dios, a los que no nacieron de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios (Juan I, 12). Por tanto, vosotros no habéis sido ahora engendrados por concepción de carne, sino generados por Dios Padre. Resta que conservéis por la conducta de vida santa la dignidad del santo origen, y verdaderamente según lo que dice el Apóstol: Como niños recién nacidos, deseáis la leche racional sin engaño, para que por ella crezcáis para salvación (I Pedro II, 2). Y la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento guarde vuestros corazones y vuestros cuerpos (Filip. IV, 7) por nuestro Señor Jesucristo, a quien es el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SERMON V. En el natalicio de San Pablo. (Dicho en su Iglesia.)

I. Se renuevan para nosotros, hermanos amadísimos, las dobles alegrías de la festividad de hoy, mientras celebramos el aniversario del nacimiento del Doctor del mundo. Por lo tanto, exultando en Dios y ofreciendo inmensas alabanzas a su inefable majestad, debemos congratularnos con gran alegría, y ciertamente es necesario regocijarse con una alegría muy abundante, porque cada vez que se celebra la memoria de los santos, las mentes de los fieles se llenan de gran gozo y se iluminan con progresos espirituales, en lo que no se duda que su presencia está con nosotros. Por lo tanto, al reunirnos, amadísimos, en este sagrado recinto, creemos que este ilustre predicador está presente en medio de nosotros y que de alguna manera espiritual e invisible se regocia con nosotros en esta su célebre solemnidad. Y por eso, amadísimos, ningún cristiano debe ser atrapado por la pereza para acudir a esta venerable iglesia, donde descansa su santo cuerpo, especialmente todos los que habitan en la ciudad de Roma y en las regiones vecinas; pues es conveniente que todos se apresuren a venir, ya que si todos desde los confines del mundo, sin temer la dureza del viaje ni la extensión de la tierra, ansían presentarse devotamente en los umbrales de los apóstoles en el tiempo que pueden, ¿qué excusa pueden ofrecer los ciudadanos romanos por no asistir al menos a su festividad, cuando se sabe que son defendidos por la ayuda de las oraciones de esos mismos apóstoles?

II. Ayer, en el día en que los príncipes de los apóstoles fueron coronados con el martirio, celebramos con devotísimo afecto su solemnidad en la iglesia del bienaventurado apóstol Pedro; pues era necesario que primero se celebrara la festividad de aquel que mereció obtener el principado del apostolado. Hoy celebramos el nacimiento del doctor de las naciones y del iluminador de todo el mundo. Pues aunque ambos recibieron juntos la recompensa del martirio, debido a la multitud del pueblo que confluía, había razón para trasladar la fiesta del bienaventurado apóstol Pablo a este día; para que así como toda la multitud se reunió en el recinto del bienaventurado Pedro, de igual manera la misma congregación del pueblo se uniera en la iglesia de su coapóstol, y todos tuvieran igual devoción para regocijarse. Y he aquí que muchos, ya sea por pereza o dedicados a preocupaciones mundanas, han postergado venir a este excelentísimo recinto del bienaventurado Pablo. Por lo tanto, hermanos amadísimos, deben desecharse todos los pensamientos mundanos y rechazarse los deseos de ganancias temporales, y todos debemos esforzarnos al máximo para celebrar la memoria de los santos, especialmente acudiendo al natalicio de los bienaventurados príncipes de los apóstoles Pedro y Pablo. Reunámonos devotamente en las iglesias de ambos, para que así

como la divina dignación los iluminó con la misma corona de honores, así también la devoción los tenga en sus solemnidades.

III. Este beatísimo, primero Saulo y luego Pablo, primero perseguidor, luego predicador, infectado por la crueldad judía, ardía con una locura extrema de ferocidad contra los cristianos. Pues como se contiene en los Hechos de los Apóstoles, habiendo recibido de los príncipes de los sacerdotes el poder de llevar encadenados a Jerusalén a quienes encontrara adoradores de la religión cristiana, iba rugiendo, lleno de gran furia, y de repente, iluminado y aterrorizado por el resplandor de un rayo celestial, oyó una voz del cielo que le decía: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Duro te es dar coces contra el aguijón" (Hechos IX, 4); y al instante, cayendo en tierra, perdió la vista. ¡Oh bondad de gran piedad de nuestro Dios omnipotente! ¡Oh misericordia de inestimable longanimidad! Lo aterrorizó un poco para consolarlo multiplicadamente.

SERMO VI. De la Anunciación de la bienaventurada Virgen María.

La solemnidad virginal de hoy llama a nuestra lengua, hermanos, al elogio, y en la vida presente, se convierte en proveedora de utilidad para los que se han reunido; y muy adecuadamente. Pues es madre de la castidad y gloria del sexo femenino. Por eso, quien es madre en el tiempo, permanece siempre virgen. ¡Oh, qué deseable congregación! Pues he aquí que la tierra y el mar ofrecen dones a la Virgen. Aquella, extendiendo tranquilamente su espalda con nubes, derrama lluvia; esta, dirigiendo sin impedimento las huellas de los que caminan, ofrece dones celestiales. Pues las naturalezas se alegran y las mujeres son honradas, y la humanidad resplandece. Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia (Rom. V, 20). Nos convocó la bienaventurada María, el inmaculado rocío de la virginidad, el paraíso racional del segundo Adán, el taller de la unión de las naturalezas, la solemnidad del intercambio salvador, el tálamo en el que el Verbo fue desposado con carne animada, la zarza de la naturaleza, que el fuego del parto divino consumió. Verdaderamente una nube ligera, que llevó en cuerpo a aquel a quien los querubines y serafines tiemblan. ¡Oh lluvia celestial! ¡Oh vellón purísimo, del cual el Pastor de las ovejas se vistió! María, madre y sierva, virgen y cielo, llevando sola a Dios y al hombre. Fuente terrible, tela de la dispensación, en la que inefablemente se tejió la túnica de la encarnación, cuyo supervisor fue el Espíritu Santo, y la tejedora la virtud del Altísimo que la cubrió; y vistió al antiguo Adán con un vestido florecido. Esta es la carne santa e inmaculada. Pero también el rayo de esta tela fue la admirable gracia; y el artífice, lo que por obediencia saltó, fue el Verbo de Dios. Pues ¿quién ha visto o quién ha oído cómo en el sagrado vientre de la santa Virgen habitó el Dios incircunscrito, y a quien el cielo no puede contener, el vientre de la bienaventurada Virgen lo contuvo? Dios nació de mujer, pero no desnudo, y el hombre no puro. Y porque nació, quitando el pecado del hombre viejo, mostró la puerta de la salvación. Donde la serpiente derramó veneno por la desobediencia, allí el Verbo, entrando por la obediencia, plasmó un templo vivificante. De donde surgió el primer discípulo del pecado, Caín, de allí brotó sin semilla el libertador de nuestro linaje, Cristo. No se avergonzó el amante de todos de los dolores de la mujer; de donde se llevó a cabo la negociación. No fue mancillado, habitando, a quien él mismo sin deshonor había creado. Si la madre no permaneció virgen, el hombre que nació es puro, y no es un parto admirable; pero si después del parto permaneció virgen, aquel nació inefablemente, quien sin impedimento entró con las puertas cerradas, cuya conjunción de naturalezas exclamó Tomás diciendo: "¡Señor mío y Dios mío!" (Juan XX, 28). No te avergüences, oh hombre; él mismo se hizo para nosotros ocasión de salvación. Si no hubiera nacido de mujer, no habría muerto; si no hubiera muerto en carne, no habría destruido por la muerte a aquel que tenía el imperio de la muerte, es decir, al diablo (Hebr. II, 14). No es injuria para el arquitecto permanecer en lo que él mismo edificó. Pues así como no mancilla

al alfarero el barro renovando lo que había plasmado, así no mancilla al incontaminado proceder del sagrado vientre de la Virgen. Pues a quien no mancilló al plasmarla, no lo contaminó al pasar por ella. ¡Oh útero en el que se compuso la garantía de la libertad común! ¡Oh vientre en el que se fabricaron las armas contra la muerte! ¡Oh era en la que el agricultor de la naturaleza, Cristo, como espiga, brotó sin semilla! ¡Oh templo en el que Dios se hizo sacerdote, sin cambiar la naturaleza; sino que, compadecido de aquel que es según el orden de Melquisedec, se vistió: pues el Verbo de Dios se hizo carne (Juan I, 14); aunque los judíos no crean en el parto, Dios se vistió de forma humana; y aunque los paganos desprecien el milagro de la encarnación, el juicio es manifiesto; por esto es escándalo para los judíos y necedad para los gentiles (I Cor. I, 23). El misterio resuena, porque el milagro está más allá de la razón. Si el Verbo no hubiera habitado en el útero, la carne no se sentaría sobre el trono. Si hubiera sido injuria entrar en el vientre, también sería injuria para los ángeles ministrar a los hombres. Pues quien es por naturaleza, como Dios, impassible, por misericordia se hizo de muchas pasiones. ¿No se hizo entonces Dios Cristo por el resultado? De ninguna manera. Por compasión, como creemos, se hizo hombre; pues proclamamos que el hombre fue hecho de Dios, pero confesamos que Dios se encarnó. Hizo a su sierva madre, quien según la esencia es sin madre, y según la dispensación sin padre; si es puro hombre, no es sin padre, pues tiene padre. Ahora bien, él mismo es sin madre como plasmador, sin padre como plasmado.

Avergüénzate al menos por la apelación del arcángel, oh hombre, que evangelizó a María. Se llama Gabriel: ¿qué significa Gabriel? hijo de la bienaventurada virgen, Dios y hombre. Por lo tanto, porque aquel que era evangelizado por él era Dios y hombre, precedió la apelación, para que se creyera en la dispensación. Aprende la causa de la presencia, y glorifica la virtud del encarnado, mucho debía en esta materia el género humano, y el débito fallaba. Por Adán todos inscribimos el pecado, por quien también el diablo nos retenía como siervos presentando nuestros instrumentos solo con el conocimiento del cuerpo (así), el malvado falsificador de todos se mantenía, sacudiendo contra nosotros el débito, y exigiendo por juicio. Era necesario, por lo tanto, uno de dos, o que a todos se les impusiera la muerte por juicio, porque todos pecaron, o que se diera tal compensación que fuera la justificación de toda la redención. Y el hombre no podía salvarse, pues estaba sujeto al débito. El ángel no podía redimir, pues fallaba en tal liberación. Solo aquel que estaba sin pecado debía morir por los pecadores; pues él solo quedó para la solución del mal. ¿Qué entonces? él que cambia toda la naturaleza, te había llevado como Dios, y quien en nada fallaba en bondad, encontró la vida más decorosa y la solución más segura de la muerte para los condenados, porque hombre como nosotros. Pues el sermón no puede interpretar el milagro. Muere, por lo tanto, quien se hizo hombre, y esto libera lo que había caído según Pablo diciendo: "En quien tenemos redención por su sangre y remisión de pecados" (Col. I, 14). ¡Oh cosa asombrosa! tal negoció la inmortalidad, y él mismo era inmortal. Pues tal otro según la dispensación no era, ni fue hecho, ni es, ni será. Solo este nació de la Virgen Dios y hombre, no solo teniendo dignidad para la multitud de ellos, sino también superando todas las sentencias; en esto que era hijo, conservando lo que es inmutable hacia el padre, en esto que era creador, teniendo indeficientemente lo que es de la virtud; en el amor de compadecer, y lo que es de compasión, publicando sin ninguna dilación. En esto que era sacerdote, trayendo con fe digna lo que era para la reparación, de lo cual nadie encontrará algo similar en alguno o cercano alguna vez. Pues considera su amor por los hombres; voluntariamente fue condenado, y al crucificarlo disolvió la muerte que era, y convirtió la iniquidad de los que lo mataban en la salvación de los inicuos. Por lo tanto, el niño hombre no podía salvar, pues él mismo necesitaba ser salvado, según Pablo diciendo: "Porque todos pecaron, y necesitan la gracia de Dios" (Rom. III, 23). El pecado venía del diablo, pues el diablo le exportaba la muerte en gran peligro, y la introducía astutamente entre nosotros, y ya la solución de la muerte era imposible. Finalmente, los que habían sido enviados por el médico celestial la acusaban, de

donde viendo ellos mismos los profetas que era una cosa más allá del arte humano, clamaban al médico celestial. Y este decía: "Señor, inclina tus cielos y desciende" (Sal. CXLIII, 5). Otro: "Sáname, Señor, y seré sanado" (Jerem. XVII, 14). Otro clamaba: "Despierta tu poder y ven, para liberarnos" (Sal. LXXIX, 3). Otro decía: "¡Ay de mí, alma, porque ha perecido el misericordioso de la tierra" (Miq. VII, 1, 2). Otro: "Si verdaderamente Dios habitó con los hombres" (III Reg. VIII, 27). Otro: "Pronto nos alcanzó tu misericordia, Señor" (Sal. LXXVIII, 8). Otro: "Dios, acude en mi ayuda, Señor, apresúrate a socorrerme" (Sal. LXIX, 2). Otro: "El que ha de venir, vendrá y no tardará" (Habac. II, 3). Otro: "Erré como oveja perdida, busca a tu siervo, Señor" (Sal. CXVIII, 176). No despreció, por lo tanto, por mucho tiempo la opresión de la naturaleza, quien naturalmente es rey y Dios. Pero vino quien siempre estaba presente y pagó la redención con su propia sangre, y dio por el género humano en compensación de la muerte, lo que había vestido de la Virgen, el cuerpo, y redimió al mundo de la maldición de la ley, de lo cual clamaba también Pablo: "Cristo nos redimió de la maldición de la ley" (Gal. III, 13). Pues la naturaleza humana, engañada por el pecado, servía. Pues quien nos redimió no es puro hombre, oh judío, pero tampoco es Dios desnudo, pues tenía cuerpo. Todo esto si no lo hubiera vestido, no me habría salvado. Pero quien en el útero de la Virgen llevó la sentencia, se vistió del reo. Allí se hizo aquel terrible cambio; pues dando a sí mismo, Cristo recibió carne, y el mismo con la virgen de la virgen; y este mismo la cubrió, este mismo se encarnó de ella: si otro es Cristo, y otro es el Verbo de Dios, ya no es Trinidad, sino cuaternidad. No desgarréis la túnica de la dispensación, que está tejida de arriba. No seas doctor de Arrio; aquel impío divide la sentencia, tú no permitas que se rompa la unidad. Pues ¿quién apareció en las tinieblas y en la sombra de la muerte sentados (Isa. IX, 2) hombre, y cómo? porque estaban en tinieblas según Pablo diciendo: "Quien nos libró del poder de las tinieblas" (Col. I, 13)? Y de nuevo: "Porque fuisteis en otro tiempo tinieblas" (Efes. V, 8). ¿Quién, pues, iluminó? David te enseñe diciendo: "Bendito el que viene en el nombre del Señor" (Sal. CXVII, 26). ¿Quién es este? di abiertamente, oh David: "Dios el Señor y nos iluminó" (Sal. CXVII, 27). Las naturalezas se unieron y la unidad permaneció sin confusión. Vino a salvar, pero era necesario también sufrir. Pues ¿cómo entonces podía salvar ambas cosas el puro hombre que no prevalecía; pues también Dios desnudo no podía sufrir. Él mismo existiendo Dios por naturaleza se hizo hombre, y lo que compró salvó, lo que se hizo sufrió. Por eso, cuando la sinagoga lo coronó con espinas, la santa Iglesia llorando decía: "Hijas de Jerusalén, salid, y ved la corona con que lo coronó su madre" (Cant. III, 11). Pues él mismo llevó la corona de espinas, para disolver la sentencia de las espinas; él mismo en el seno del Padre y en el vientre de la Virgen, en los brazos de la madre y sobre las alas de los vientos; arriba era adorado por los ángeles, y abajo se recostaba con los publicanos. Los serafines no lo alcanzaban, y Pilato lo interrogaba. El siervo lo golpeaba, y la criatura se aterrorizaba. En la cruz confesaba, y en el trono estaba. En el sepulcro yacía y extendía el cielo como una piel (Sal. CIII, 2). Era contado entre los muertos, y el infierno era despojado. Abajo lo calumniaban como seductor, y arriba era glorificado por los santos. ¡Oh misterio asombroso! veo los milagros, y proclamo la deidad; contemplo la pasión y no niego la humanidad. Pero Emmanuel apareció por naturaleza como hombre, pero no rompió el claustro virginal como Dios, sino que salió del vientre como entró por el oído. Así nació, como fue concebido. Entró impasiblemente, salió incorruptiblemente, según el profeta Ezequiel diciendo: "Me volvió Dios al camino de la puerta del santuario exterior, que mira al Oriente; y esta estaba cerrada; y el Señor me dijo: Hijo del hombre, esta puerta estará cerrada y no se abrirá" (Ezequiel XLIV, 1, 2). Pues nadie pasó por ella, sino solo el Señor Dios entrará y saldrá; y será la puerta cerrada. He aquí la aprobación manifiesta de la santa Madre de Dios y perpetua virgen María. Que se disuelva de aquí en adelante toda contradicción, y se ilumine la doctrina de las santas Escrituras, para que obtengamos el reino

de los cielos en Cristo Jesús nuestro Señor, a quien es el honor y la gloria junto con Dios Padre y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

SERMO VII. De san Dionisio mártir.

I. La santa y gloriosa festividad de nuestro beatísimo Padre y pastor santísimo Dionisio, que debe ser venerada con toda devoción, ha sido dignamente renovada hoy por la divina piedad, amadísimos hermanos. Creemos que no menos se proclama en los cielos, mientras que también por nosotros, pecadores, se venera devotamente en la tierra; pues aunque el ánimo de los cristianos participa de todas las solemnidades santas, sin embargo, debemos alegrarnos especialmente y de manera particular en la festividad de nuestro guía y Padre, para que donde el glorioso mártir y pontífice tuvo su salida, allí en el día de su martirio sea el principio de la alegría. Sin embargo, todo lo que se nos ofrece en su servicio, se refiere a la alabanza de su autor y nuestro. Pues como lo atestigua vuestra piadosa presencia, hermanos, entendéis que el retorno de este día pertenece a la alegría común, mientras concurrís a las fiestas anuales del pastor para celebrar su honor; pues creemos que con mayor devoción os acercáis a la clemencia divina por las oraciones del presente patrono, mientras con diligente estudio acudís a sus santas vigiliass; pues él no abandona vuestra devoción, cuya reverencia os ha congregado. Pues como un piadoso padre, hermanos, se regocija con vuestros santos servicios, y se exulta en el número de sus hijos.

II. ¡Oh venerable festividad de nuestro santo Padre! ¡Oh verdaderamente bienaventurada y solemnidad digna de grandes alabanzas, en la que los ángeles alaban al Señor en las estrellas! El coro de sacerdotes se regocija con gran honor, y el coro de mártires proclama la palma de la victoria, en la que se abren las bocas cerradas durante mucho tiempo en la tierra, los ojos ciegos recuperan la vista, mientras se lavan las terribles manchas de los pecados, y se asumen los votos de todos los piadosos. Aunque, hermanos amadísimos, con el ciclo anual que se renueva, nos parezcan renovarse sus santas vigiliass, y para los pueblos cristianos sean nuevas y asombrosas a través de los tiempos, sin embargo, para la gloria de Cristo permanecen diarias y dignas de alabanza con sus virtudes. Pues ¿quién viniendo aquí enfermo no se irá sano? ¿quién, agobiado por el peso de los delitos, dirá con gemido que es culpable, y no obtendrá indulgencia? Ciertamente, como creo, el profeta había visto mucho antes la festividad de este día, cuando decía al Señor: "Señor, he amado la belleza de tu casa, y el lugar de la morada de tu gloria" (Sal. XXV, 8). Y proclamando dignamente el sagrado tránsito de nuestro beatísimo Padre, y alabando al Señor, decía: "Bienaventurado el que elegiste y tomaste, Señor, habitará en tus atrios" (Sal. LXIV, 5).

III. En efecto, amados, la divina dignación otorgó a este hombre, después de los apóstoles, un don grande y admirable, al cual, al darle el poder de su potencia, declaró la gloria que tenía con él. Este, hermanos míos, es sin duda el bienaventurado y verdaderamente digno de alabanza sacerdote y mártir de Cristo, Dionisio Areopagita, a quien los Hechos de los Apóstoles mencionan, ciudadano de los atenienses, nacido de noble linaje, instruido desde la infancia en los rudimentos de los estudios dialécticos y retóricos, nacido en la isla de Diona, en la provincia de Ática. Se le llamó Areopagita porque fue educado en el mismo lugar llamado Areópago con las letras liberales, y no solo aprendió esa secta de su gente, sino que fue un doctor muy erudito para otros. Pero, ayudados por la misericordia de aquel que se dignó prometer a través del profeta, diciendo: "Abre tu boca y yo la llenaré" (Salmo 80, 11), y quiso que se abrieran las bocas del animal bruto, he creído oportuno comunicarles algunos signos de este santo, que sin duda creemos que agradarán a sus devotas almas. Ciertamente,

hemos reconocido algunas cosas leyendo en ciertos códices griegos, y otras nos son conocidas por el relato de hombres fieles.

IV. En el nombre de Dios, Eugipio, aristarco, saluda a Onesíforo, primicerio. Hemos recibido las cartas de vuestra caridad, entregadas por Anatolio, en las cuales se inserta que, por medio de la memoria de nuestros ancestros o por la antigua tradición de los antiguos, nos preocupáramos de escribirles con esmero literario sobre los diversos dogmas o la variedad de sectas de los atenienses, o sobre el rito o la composición de la ciudad de Atenas. Y entre otras cosas, encontramos en sus escritos cómo podría resumirles brevemente lo que sucedió en la misma ciudad de los atenienses en tiempos de los apóstoles; o cómo algunos resistieron a Pablo apóstol, que llegó allí, a través de filosofías vanas e imaginaciones engañosas. Incluso han solicitado de nosotros que sobre Símaco y Apolinario Cronopagita, así como sobre Dionisio Areopagita, quienes fueron oyentes del apóstol Pablo en tiempos en que brillaron en Atenas, les expresara más claramente lo que supiera de ellos o de qué linaje de los atenienses, y de qué estirpe nacieron. Esto, según la debilidad de nuestro ingenio a través de los tiempos pasados, como pudimos escuchar por la tradición de la antigüedad, se lo hemos enviado a ustedes por medio de Anatolio, nuestro hijo y portador de sus cartas.

V. La ciudad de Atenas, situada en la frontera de Tracia y de los lacedemonios, en un terreno montañoso, encerrada por las fauces del mar Jónico, contraída por el mar Egeo en su parte izquierda, fue una ciudad ilustre y antigua, rica en fertilidad de tierras, y nodriza de la elocuencia, madre de filósofos y sabios, y sobresalía por encima de otras ciudades en la opulencia de las artes diversas y las riquezas. Esta se encuentra en la provincia de Ática, donde brillaron los reyes de las naciones, Cécrope y Menandro; donde nacieron Apolo, Hipócrates y Aristóteles, quienes en todo el mundo en esos tiempos resplandecieron con las flores de la sabiduría. En este tiempo, los reyes Cécrope y Menandro fueron adoradores de ídolos, pues la supersticiosa religión de los ídolos primero se encontró y brilló entre ellos. Se describe dividida en cinco regiones. La primera región es la que mira al mar Egeo, un monte que sobresale sobre la ciudad, donde se ocultan estatuas de oro de Saturno y Príapo con varias ilusiones, a la cual los griegos llaman Cronopagio; pues los griegos llaman Crono a Saturno. La segunda región de Atenas es la que mira hacia Quíos, donde había un terebinto de tamaño admirable, y donde los faunos, hombres agrestes, eran adorados por los pastores en días establecidos. La tercera región de la ciudad de Atenas es la que mira al puerto de Neptuno, donde adoraban la estatua de Diana y de Neptuno Egeo. A este lugar los paganos llaman Popedón; pues los griegos llaman Popedón a Neptuno. La cuarta región de la ciudad ateniense es donde se colocaban el ídolo de Marte y la estatua de Hércules, que está en el monte Tritonia: un monte situado en medio de la ciudad, donde concurría todo el pueblo, cuando la luna renacía, para adorar a Marte y a Hércules, a quienes adoraban como dioses muy poderosos; a este lugar los griegos llaman Areopagio: pues Aris en griego, Marte se dice en latín. La quinta región de la ciudad ateniense es la que mira hacia la puerta Siquea, donde se colocó el ídolo y la estatua de Mercurio, el cual lugar se llama Ermipagos; pues Ermis en griego se dice Mercurio. Esta ciudad, en la opulencia del mar y la tierra, de los bosques y montañas, de los ríos y los valles, floreció como la más noble entre las otras ciudades griegas; y la que entonces se prefería como cabeza sobre las otras ciudades, ahora, oprimida e interceptada por el ímpetu de las naciones, se ve abatida.

VI. Apolo fue llamado así derivado de la prosapia de un tal Apolonio, un príncipe muy noble de los atenienses, cuyo padre, Nicolás, hombre de gran ingenio, sobresalía en el estudio de las letras, ciudadano e ilustre maestro del arte argólico. Su hijo Apolo, mientras era considerado brillante entre las escuelas de los filósofos, y revisaba las bibliotecas auténticas, mientras estaba dedicado a la filosofía y a las vanas supersticiones, escuchó al apóstol Pablo

predicando dogmas nuevos e inauditos antes. Al no poder resistirle, encontró que la doctrina que Pablo enseñaba en Atenas era verdadera. Dejando, por tanto, las vanas supersticiones de las naciones, postrado a los pies del Apóstol, le suplicó que le mostrara la verdadera doctrina y el camino de la salvación, y decía que ya era discípulo de Cristo, no de Saturno.

VII. Habiendo sucedido esto, un día cuando Pablo vio el Areópago, comenzó a interrogar al bienaventurado Dionisio sobre qué adoraba o a qué deidades servía en un lugar tan espacioso y venerable. A lo que Dionisio respondió: Adoramos a los dioses que adoraron nuestros padres, por cuya virtud y destreza se sostiene la madre tierra, y adoramos los altares que están consagrados en nombre y honor de Marte y Hércules, Mercurio y Príapo. Mientras Pablo examinaba cada altar y estatua de los falsos dioses, encontró entre otros altares uno en el que estaba escrito: "Al dios desconocido" (Hechos 17, 23). Y volviéndose a él, Pablo, y a los demás que lo acompañaban, les preguntó quién era ese dios desconocido. A lo que respondió entre otros Dionisio diciendo: Aún no se ha mostrado ese dios entre los dioses: pero es desconocido para nosotros, y será en el siglo venidero; y él es el Dios que reinará en el cielo y en la tierra, y su reino no tendrá fin. Preguntando nuevamente Pablo: ¿Qué les parece? ¿Será hombre o espíritu de los dioses? Respondiendo dijeron: Porque es verdadero Dios y verdadero hombre, y él renovará el mundo; pero aún es desconocido para los hombres, porque su conversación está entre los dioses en el cielo. Pablo dijo: A ese Dios les predico, al que hasta ahora han tenido desconocido. Nacido de una virgen, se sienta a la derecha del Padre, verdadero Dios y verdadero hombre, por quien todas las cosas fueron hechas. "Dios es conocido en Judá, y en Israel es grande su nombre" (Salmo 75, 2). A quien hasta ahora han tenido desconocido, ahora reconózcanlo, porque él es el único Dios, y fuera de él no hay otro Dios, quien los ha traído de la muerte a la vida, quien unió el cielo y la tierra, hombres y ángeles en la unidad de su reino, "Él da la vida y la muerte" (1 Samuel 2, 6); quien cierra, y nadie abre; quien abre y nadie cierra (Apocalipsis 3, 7).

VIII. Mientras Pablo predicaba estas y muchas otras cosas, cuando predicaba en cada templo que Cristo era el Hijo de Dios, Dionisio, recibiendo la verdadera doctrina y el dogma de la salvación, y reconociendo que los ídolos a los que servía no eran nada y que eran más demonios que dioses, sintiendo claramente el Espíritu Santo y las palabras de vida en la doctrina de Pablo, instigado por la gracia divina, se volvió hacia Pablo, y le pidió que intercediera por él ante la divina misericordia, para que mereciera ser su discípulo. Y al día siguiente, mientras Pablo viajaba, un ciego privado de la luz de sus ojos le pidió a Pablo que lo sanara con su poder. Entonces, el santo apóstol, imitador de su Señor y Maestro Jesucristo, le impuso su cruz sobre los ojos cerrados durante mucho tiempo, diciendo: Cristo, nuestro Señor y Maestro, quien puso lodo en los ojos del ciego de nacimiento, y mereció recibir la luz de inmediato, que él mismo te restituya la luz a tus ojos con su poder. Entonces, de manera maravillosa, el ciego de nacimiento mereció recibir la luz en sus ojos, a quien Pablo inmediatamente se dirigió con estas palabras: Ve a Dionisio, y dile que Pablo, siervo de Cristo Jesús, me envió a ti, para que no te demores en venir a él, para que, recibiendo el bautismo de salvación, puedas ser liberado de todos los lazos de tus pecados.

Inmediatamente, el que había recibido la luz cumplió con las palabras del que mandaba con pie obediente, y apresurándose hacia Dionisio, le anunció las palabras de Pablo en orden. Pero el ya elegido del Señor, Dionisio, al ver al ciego caminar con ojos firmes, lo saludó con estas palabras: ¿Eres tú aquel a quien todos tus parientes conocieron como ciego de nacimiento? A lo que él respondió: Yo soy, quien nací ciego, y a quien hasta ahora se me ha negado la luz de esta vida presente. Pero el mismo Pablo, quien te mandó venir a él, invocando el poder de Jesucristo, su Maestro, me concedió la luz de la salud. Entonces, levantándose de inmediato, se apresura a cumplir con las instrucciones del bienaventurado

mandato de Pablo. ¿Por qué me detengo más? Creyó de inmediato, y rociado con el agua del sagrado bautismo, renunciando a los errores de los paganos, se entregó a ser instruido en sus enseñanzas; y luego, por mandato del mismo Pablo, predicó el Evangelio de Cristo. Quien, volviendo de Tesalónica, convirtió a muchos al camino de la salvación, convirtió a la mayor parte de esa provincia a la fe.

IX. A este bienaventurado hombre, encendido con el ardor del Espíritu Santo, cuando el Señor del mundo colgaba en la cruz, fijado por manos de los judíos, y el sol, temiendo la muerte de su Señor, cambiaba sus rayos de luz en el horror de la noche oscura, y los climas del mundo se cubrían con la noche de las tinieblas, se dice que dijo: Esta noche, que vemos descender nueva a nuestros ojos, ha mostrado que ha llegado la salvación de todo el mundo. ¡Oh verdaderamente santo profeta! ¡Oh verdaderamente iluminado con la luz divina, que ya estaba tan preelegido por la bienaventurada suerte, que, aunque aún no había renacido en la fuente sagrada, siendo aún pagano en sus miembros, pudo ser relator de tan gran misterio! Pues, aunque sobresalía en la gracia de tantos dones, resplandeció en la elocuencia de la doctrina y en las flores de las escrituras en todo. Los griegos, de hecho, refieren que escribió tres libros maravillosos. Uno que se llama "Antihéresis", es decir, un volumen contra todas las herejías; uno "Sobre el Desprecio del Mundo y los Nueve Coros de Ángeles"; uno que, como hemos oído, se conserva en los archivos de Constantinopla. A este santo hombre también lo alaba con toda veneración el bienaventurado Gregorio en sus homilias como verdadero y antiguo Padre.

X. Cómo, bajo Domiciano, perseguidor de los cristianos, pasó a los cielos por la gloria del martirio, la luz de su pasión les ha sido revelada. Nosotros, sin embargo, por la debilidad de nuestro ingenio y el escaso conocimiento, no tan temerariamente como con feliz presunción, por amor y reverencia a nuestro santísimo Señor y patrón, hemos querido informarles brevemente por gracia de edificación, sabiendo que si les hemos prestado algún servicio, sin duda nos ayudarán con sus oraciones ante el santo mártir. Creo que también es valioso que, entre la solemnidad de tan gran patrón sacerdote y mártir, se recite la memoria de los bienaventurados Rústico y Eleuterio, para que donde en un solo día sufrieron el martirio por Cristo, allí en el día de su martirio sea digna de veneración la festividad. Pues, aunque en la conmemoración de todos los santos mártires se debe alegrar, en la excelencia de estos mártires, sin embargo, se debe gloriarse con más razón, a quienes la gracia de Dios elevó a tal cúspide entre todos los miembros de la Iglesia, que la gracia y elección de Cristo los hizo iguales, y el trabajo y el fin los hizo semejantes y iguales.

XI. Estos son, en efecto, hombres santos, tus padres, por quienes a ti, Galia, el evangelio de Cristo y la gracia de la salvación resplandecieron, y tú que eras madre del error, te convertiste en hija de la verdad. Estos son tus santos padres y verdaderos pastores, quienes te entregaron para ser adaptada al reino celestial. Aunque, aumentada por muchas victorias, has extendido el derecho de tu reino por tierra y mar, sin embargo, es menos lo que el trabajo bélico te ha conferido que lo que la paz cristiana ha sometido a través de las bocas de estos preciosos mártires. Pues, ignorando al autor de tu dignidad, cuando parecías dominar sobre otras naciones, ciertamente subyugada por grandes errores servías. Pues cuanto más firmemente estabas atada por el diablo, tanto más maravillosamente fuiste liberada por sus pasiones. Feliz eres, Galia, que mereciste recibir sacerdotes tan grandes y tales. Feliz eres, París, cuyo suelo mereció ser regado con la sangre de tan grandes mártires. He aquí que te glorías en la gloria de tres mártires; he aquí que sus premios te han rodeado con sus resplandecientes huestes, y como si te hubieran coronado con el honor de muchas gemas unidas en un diadema. De cuya protección, amados hermanos, con nuestras almas preparadas para el ejemplo de paciencia y confirmación de la fe, imitemos sus ejemplos en la medida de lo posible, para que los méritos

del rebaño lleguen allí donde la fortaleza de los pastores lo ha ordenado. Pues, hermanos amadísimos, debemos prever con gran cuidado que, mientras somos honrados con las festividades presentes de los mártires, podamos ser unidos a sus santos consorcios futuros. He aquí, hermanos míos, como ven, los cuerpos de los bienaventurados mártires están cubiertos con la abundancia de oro y gemas, y aquellos que aquí sometieron sus cuellos felices por Cristo a los impíos, los príncipes de la tierra los adoran con cuellos inclinados. ¿Cuánta gloria, entonces, creen que se les otorga allí entre los coros de ángeles y arcángeles, cuando aquí sus bienaventurados cuerpos son exaltados con tantos honores?

XII. Esto, hermanos y señores, como dijimos anteriormente, hemos querido comunicar a sus oídos no tan temerariamente como con feliz devoción por la solemnidad de este gran día, sabiendo que, aunque ignorante, la pura devoción y el fiel amor tienen la recompensa de una justa retribución, como antes lo hemos experimentado nosotros y lo han probado nuestros mayores. Creemos y confiamos, sin embargo, que entre todos los trabajos de esta vida, siempre seremos ayudados por las oraciones de estos patronos especiales para obtener la misericordia de Dios, para que, tanto como somos deprimidos por nuestros propios pecados, tanto seamos elevados por sus sagrados méritos. Y que, aunque nos consumimos en nuestras iniquidades, seamos consolados por las oraciones de nuestros bienaventurados Padres mártires, concediéndolo el mismo Hijo eterno del Padre, quien con él y el Espíritu Santo vive, domina y reina, ahora y por los inmortales siglos de los siglos. Amén.

SERMO VIII. De Absalón: cómo perseguía a su padre.

I. Absalón, el más malvado, perdió la mente, perdió el sentido, perdió el consejo; persigue a su padre, expulsa al inocente; persigue a su progenitor, usurpa el poder, arrebató la potestad, invade el reino, no para compartir el reino con su padre, sino para poseer todo el reino con la sangre de su padre. Perdió, digo, Absalón el consejo, al desear comprar el poder con parricidio; perdió el sentido, al desear obtener el reino mediante la muerte de su padre. Se apresura, se apresura, busca oprimir al inocente, culpable de morir mientras su padre vive. Pero, por el contrario, David, humilde y manso, cede al hombre, huye del perseguidor, evita al enemigo, abandona los afectos para que ni la muerte del parricida le cause dolor, ni su muerte lo exhiba como culpable. Desea calmar la furia del hijo huyendo, desea moderar la crueldad del parricida evitando. Pero la crueldad concebida en la mente no pudo ser calmada tan fácilmente como la inmensa ferocidad lo provocó a llevar a cabo el crimen. ¡Oh inocencia, cuánto peligro asumes entre los culpables, cuánta molestia incurres entre los malvados! El santísimo David ofendió a tantos ejércitos dementes porque no los dejó; incurrió en la rabia de tantos pueblos porque no los hirió. Absalón es el único culpable e infeliz, y todo el ejército respira contra su padre. Se arman para la muerte del padre las funestas manos de muchos; se provoca al inocente a vengar el crimen ajeno; la furia de un solo parricida obliga a miles a enloquecer; la demencia de uno hace a muchos dementes.

II. Pues David ofendió al hijo porque no quiso vengar el parricidio del hermano en él. Pues siempre los crímenes, cuando no se cortan, crecen, y se avanza hacia el aumento de los delitos, cada vez que el pecado se calma con impunidad. Pues, al no vengarse el crimen del hermano asesinado en Absalón, el crimen recidivo se repite en el parricidio del padre. A ustedes, a ustedes, digo, ejércitos infelices, les advierto, a ustedes con afecto de piedad les exhorto, ¿por qué se precipitan en el crimen ajeno? ¿Por qué ayudan a la locura del furioso? ¿Por qué se vuelven semejantes al parricida y dementes? Abandonen, les ruego, abandonen al culpable, abandonen al que morirá con un nuevo castigo. Pues tal vez, si lo abandonan, cesará, a quien su número provocó a atreverse. Ciertamente, que perezca solo quien desafía la naturaleza, que caiga solo quien ataca la piedad del padre. O cesará, mientras se arrepiente, o

perseverará y perecerá. Pues yo lamento al culpable, lamento al impío, lamento al que morirá con un nuevo castigo. ¿Quién te enseñó a lanzarte a este crimen, parricida más vil? ¿Qué furia te provocó a atreverte a un crimen tan inmenso? Si ofendió, es padre, si hirió, es progenitor, pero en verdad ni ofendió ni hirió; que la piedad venza a la furia, que el afecto supere a la locura, que la naturaleza derrote a la crueldad; o acaso te ofendió el padre porque no te hirió, o por eso te ofendió porque no te hirió, quien tal vez no te hubiera ofendido si te hubiera herido. Devuelve los afectos, muestra piedad; te perdonas a ti mismo, mientras apartas las manos de tu padre, a quien deberías defender, si lo que te atreves, hubieras conocido a otro atreviéndose. ¿Dónde encontrarán ya consuelo los padres, dónde encontrarán protección los progenitores, si sienten a sus hijos como parricidas, o cuándo estarán seguras las cosas externas, si las domésticas nos oponen? Las bestias y los animales mudos conservan las leyes de la piedad, y a quienes la naturaleza les niega la razón, no les niega la piedad. Matar al inocente es un crimen, matar al padre es un delito, asesinar al profeta es un crimen inaudito, y antes de este tiempo desconocido para todos los mortales. Pero cesa ya de este crimen, cesa; para que no todos los buenos te aborrezcan siempre, para que los audaces no aprendan de ti lo que no conocen; cesa, digo, para que quien después de ti cometa tal crimen, no te use como autor. ¿Por qué entregas al mundo un crimen nuevo? ¿Por qué enseñas lo que la naturaleza de la piedad no conoce? ¿Por qué deseas lo que la misma piedad aborrece? ¿Por qué te atreves a llevar a cabo lo que el Señor se verá obligado a vengar con un nuevo castigo?

III. Mientras tanto, el furor del parricida no disminuye, no se refrena; arde, se enciende en una inmensidad peor. Desea cumplir el crimen concebido, anhela perpetrar el delito dispuesto con la mayor urgencia. Para quien perpetra el mal, todo parece lento, al que se apresura al crimen, las cosas dispuestas parecen demorarse. Desea completar el parricidio antes de actuar; se apresura a interceptar al padre antes de matarlo; ansía la sangre de su propio padre, el derramamiento de sangre de su progenitor; teme diferir siquiera un poco, no sea que la ira demorada se debilite, o la furia dilatada languidezca. Se dispone casi una guerra, se dirige el ejército, se prepara la batalla, las fuerzas aliadas arden entre sí. De allí, el parricida inflama al ejército contra el padre; de aquí, David suplica a los comandantes que se alejan que perdonen al hijo: Perdonen, dice, a mi hijo Absalón; de allí, la demencia se levanta contra el progenitor, de aquí, la clemencia pide que se perdone al parricida; de allí, el furor, de aquí, la piedad actúa; de allí, la locura, de aquí, la misericordia se interpone; de allí, la crueldad, de aquí, la bondad se muestra. El parricida, no herido, enloquece, David es herido y se suaviza; la piedad es derrotada por la impiedad; ni se conmueve la piedad del padre, ni es vencida por la espada, ni se altera por el terror; el parricida no se quiebra por la razón, ni se detiene por la inminente destrucción. Se endurece para el castigo, se le obliga al suplicio, ya no merece salvación en nada, quien intenta despojar de la vida a su padre.

IV. Mira ya, enemigo más impío; nefando, ya mira, parricida. Mira, digo, como si todo se volviera contra ti. Mira que la misma naturaleza de las cosas lucha contra ti, y aunque el cielo combata contra ti, la tierra se mueva, el ejército luche, sin embargo, te espera otra guerra desconocida e inesperada; ya está preparado otro combate para ti, que te atraparé huyendo, te matará perpetrando, te destruirá apresurándote. Pues no son estos ejércitos de carne que ves, que o tu furor armó contra el padre, o la necesidad del padre provocó contra ti, que aunque dignamente esgrimen espadas contra ti, blanden sables, lanzan lanzas, para que el dolor del padre herido se disuelva con tu destrucción, sin embargo, un árbol te atraparé huyendo, las ramas te matarán, la madera te colgará. Está presente, digo, un árbol que no escuchó al padre para que se te perdonara, y se esfuerza por cumplir las órdenes de Dios, y no podrás escapar impune de esta guerra, quien intentó infligir la muerte al progenitor. Así que, comenzada la batalla, los enemigos son derribados, los adversarios caen, los enemigos son vencidos, el

enemigo es despojado, el parricida es abandonado, ya concibe su propio castigo en los suyos, ya reconoce el suplicio debido a sí mismo por la destrucción de los suyos, ya teme, ya se aterroriza, ya medita su propia destrucción. Finalmente, busca un animal, monta una mula, se lanza a una fuga precipitada, se apresura hacia el árbol preparado cerca, al que es entregado, y con un golpe violento es lanzado desde la silla retirada, y escapando por debajo en los campos, se inserta en las ramas, se ata a la madera, colgado con la garganta atravesada. Ya muerto es encontrado por todos, a quien ya ni el cielo pudo ver vivo, ni la tierra soportar más.

V. Oh nefando mérito del parricida, la injuria al padre no es defendida por la espada del combatiente, ni por la mano hostil, ni por el golpe del lanzador, sino que los árboles lo vengán, el árbol lo castiga, las ramas lo defienden, y no hay criatura alguna que no se haya movido, cuando sintió que el mismo Señor, el creador, se movía. Por eso todos regresan de la guerra, con el parricida, autor de la guerra, derribado, cuya sangre lava el crimen, cuyo suplicio entierra la inmensa crueldad. Todos se alegran, todos se regocijan, solo David llora al hijo, lamenta la muerte del parricida. ¿Por qué lloras, glorioso padre? ¿Por qué con lamentación parece que apruebas lo que Absalón se atrevió a hacer? ¿Por qué lloras al malvado, como si quisieras que perpetrara el parricidio? Se quiebra la gloria del ejército victorioso, incluso se llora la muerte del enemigo, y no puede haber alegría en la victoria, mientras se llora el castigo del parricida. No fue tu hijo aquel que así violó los afectos paternos. No mereció ser llamado tuyo aquel que violó el derecho del padre altísimo. No te despreciaron los ejércitos, ni los comandantes a quienes diste órdenes tan impías, sino aquel árbol, aquel te vengó, aquel te defendió, aquel reivindicó la injuria del padre herido, que no te había escuchado. Tu defensa trajo seguridad a los padres, y removió la audacia de los parricidas, por ti se defendió la injuria de la naturaleza, y se restauró la piedad paterna. Pues debía perecer con un nuevo suplicio, quien quiso traer al mundo un nuevo crimen, la destrucción del padre.